



## Las mocedades de Ulises

Álvaro Cunqueiro

**La obra de Álvaro Cunqueiro (Mondoñedo, 1911 – Vigo, 1981) es una de las más ricas, no sólo de la literatura gallega, sino de toda la literatura española del siglo XX. Es fresca, culta, imaginativa y estilísticamente impecable.**

**Las mocedades de Ulises no es una novela. Resume el largo aprendizaje del oficio de hombre, sin duda difícil. Son las mocedades que cualquiera hubiera querido para sí, vagancias de libre primogénito en una tierra antigua e idílica: las estaciones, las ardientes amistades, las canciones, los caminos, la esposa y la sepultura, y también las soledades, los naufragios y las derrotas. Es la busca del secreto profundo de la vida.**

**Dice Cunqueiro sobre *Las mocedades de Ulises*: “No busco nada con este libro, ni siquiera la veracidad última de un gesto, aun cuando conozco el poder de revelación de la imaginación. Cuento como a mí me parece que sería hermoso nacer, madurar y navegar, y digo las palabras que amo, aquellas con las que pueden fabricarse selvas, ciudades, vasos decorados, erguidas cabezas de despejada frente, inquietos potros y lunas nuevas. Pasan por estas páginas vagos transeúntes, diversos los acentos, variados los enigmas. Canto, y acaso el mundo, la vida, los hombres, su cuerpo o sombra miden, durante un breve instante, con la feble caña de mi hexámetro”.**

**Comienza el libro con la descripción del nacimiento de Ulises y de su padre Laertes, carbonero de oficio.**

**El carboneo de la madera, antaño industria floreciente, se sigue haciendo minoritariamente para obtener combustible de alta calidad y para fabricar carboncillo para las bellas artes.**

Estaban terminando de encapuchar con terrones recién arrancados -todavía en la hierba las gotas de rocío matinal-, y cada pila de carbas y de tojos, bien cubierta, era una montañuela redonda y verde. Laertes levantaba doce cada temprada en aquel alivio cerca de la cumbre rocosa del Panerón, al abrigo del vendaval. EL padre del buen carbón del monte es el viento del norte. Algunas pilas ardían ya lentamente, lanzando por el tiro una continua columna de humo negro. Todo el arte del carboneo en el monte consiste en el fogueo seguido y pausado de la pila, y en que no haya más humaza que la del hornillo; el carbonero, mientras el bóreas poderoso aviva la bocana, escucha como dentro de la pila crepitan las leñas, y al ir naciendo, el carbón parece moverse en el oscuro y cálido vientre de la pila, en el que el fuego habla, incansable, en voz baja. Laertes, más que con los ojos vigilando el color de los humos, seguía la cochura con el oído, o mirando el agosteo de las hierbas de la capucha, desde que el humo comienza a cocerlas, hasta que se deshacen en ceniza, blanca como harina de trigo.

Laertes era un buen carbonero y cada año abajaba a los pueblos de la marina veinte carros de noble carbón montañés, bien quebrado, que al encenderlo de nuevo en el hogar, en el brasero o en la plancha, embrasaba vivo, del color de los rubies antiguos, sin una sombra de humo. Carros cantonres y bueyes dorados de amplia cuerna eran de su propiedad, y llevando un carro colmado desde la montaña al arenal de Ítaca, Laertes se sentía verdaderamente el príncipe de los boyeros. Se apoyaba en el labrado yugo de irreprochable madera de roble para tratar la carga, y discutía el precio a grandes voces.

Más abajo, ya en la falda del Panerón, Laertes veía quemar otras pilas. Eran de sus cuñados. ¿Cómo, en aquella familia de carboneros, ennegrecidos, quemados por el sol y las humazas generación, tras generación, había podido amanecer Euriclea la pálida?

(./..)

Jasón, el criado, se subió a la pila para sacar el tobe del tiro, al tiempo que Laertes lo hacía por el hornillo. Puso Laertes



las piedras de chimenear a su alcance, basto granito en el que el sol hacía brillar las finas partículas de mica. - ¡Laertes! ¡Amo Laertes! - gritaba desde el camino.

EL carbonero se encaramó a una roca.

- ¿Qué dices?

- ¡Amo Laertes, Euriclea ha parido! ¡Es un varón!

- ¡Gracias Herald! ¡Te prometo un jarro de miel para que lleves siempre en la boca palabras tan dulces!

Se reía Laertes. Se acariciaba las barbas. Palmeaba sus rodillas.

-Jasón, encendamos esta pila por el hijo que acaba de nacer. Si en Itaca hubiese oro en los ríos como antaño, sólo vendería este carbón por oro, aunque la moneda fuese del tamaño de una lenteja. Pero darán plata por el carbón, amigo, y con ella le haremos al niño una pulsera para el brazo izquierdo con letras formadas que digan: «Soy hijo de Laertes.»

Cogió uno de los porrones de vino que refrescaban a la sombra, cubiertos de helechos mojados, y echó un largo trago. Mandó el porrón por el aire al criado.

-¡A la salud del hijo, Laertes! ¡Larga vida y sepultura en la tierra natal!

Jasón era muy gutural y despacioso en el beber a morro, y Laertes lo burlaba.

-¡Rompe el porrón contra la chimenea, Jasón! Tal día como hoy tienen derecho a vino el fuego y la ceniza.

Llegaba el mensajero, un criado de la casa, que estaba



puesto para cuidar las cuadras y los carros, llamado Alpes-tor:

-Amo, parió sin novedad. Es un niño. La meada que echó no más nacer llegó a la calabaza dulce que cuelga encima de tu cama. Puse la rama de olivo en la puerta de la casa, y corrí a darte la noticia.

Laertes pasó seguidamente el chisquero a Jasón para que encendiera paja en el hornillo de la última pila.